
LOS TEATROS.

En Constantinopla, los que poseen estómago fuerte, pueden pasar la noche en el teatro, escogiendo el que mejor le plazca entre la canalla de los teatruchos de toda especie y condicion. Muchos son, al par que teatros, cervecerías y jardines, y en alguno que otro se encuentran compañías, ó mejor cuadrillas italianas, los cuales hacen desear al público con frecuencia que se convierta el patio en vasto mercado de frutas y hortalizas con que poder obsequiar á la tropa artística.

Los turcos concurren con preferencia á ciertos coliseos en los que actrices francesas cantan aires descocados y lucen su desfachatez, acompañadas de una orquesta que debiera estar en presidio.

Uno de estos templos del arte, en mi tiempo se apellidaba la Alhambra, sito en la calle Mayor de Pera, forrado de encarnado de arriba abajo, y lleno constantemente. Increíble parece que aquellas señoras se hiciesen comprender de los turcos.

Pero no lo es tanto, cuando se recuerdan los gestos, las actitudes, los ademanes, los modales y las cabriolas de que se servían sin pudor de ningún género y con objeto de acentuar toda la significación de los conceptos artísticos y poéticos (!). Únicamente los que hayan asistido á Capellanes en Madrid por los años de la revolución, durante el efímero reinado de D. Amadeo, podrán formarse una idea aproximada de la índole de estos espectáculos que nos ocupan, en Constantinopla.

A las bromas más procaces, á los guiños más impúdicos, aquellos turcotes, sentados en largas filas, prorrumpían en sonoras carcajadas, y cayendo entonces de sus semblantes la máscara de la habitual dignidad, se revelaba el fondo de su verdadera naturaleza y de los secretos de su existencia groseramente sensual. Y sin embargo, nada hay que el turco esconda con mayor cuidado que el sensualismo de su vida y manera de ser.

Así, por las calles jamás acompaña el hombre á la mujer; rara vez la mira; más rara vez le habla, y casi toma á ofensa que se le pregunte por la salud de su mujer: á juzgar por las apariencias, sería forzoso confesar que aquel pueblo era el más casto y honesto y modesto de la tierra.

Pero son apariencias engañosas.

El mismo turco, que se ruboriza si se le pregunta por su esposa, manda á sus hijos y sus hi-

jas á escuchar las torpes obscenidades de Caragheus, que pervierte y corrompe las tiernas inteligencias antes del despertar de sus sentidos, y aun él mismo olvida á menudo las dulzuras del haren por las voluptuosidades nefandas de las cuales dió el primer ejemplo el famoso Bayaceto *el rayo*, y no el último, probablemente, Mahmud *el reformador*. Y cuando no hubiera otros antecedentes para suministrar datos acerca de la profunda corrupción oculta bajo el velo de la austeridad musulmana, bastaría aquel mismo Caragheus para ofrecer una imágen, y al propio tiempo una prueba fehaciente.

Caragheus es una figurilla grotesca que representa la caricatura del turco de la clase media, especie de sombra chinesca, que mueve los brazos, las piernas y la cabeza tras un velo trasparente, y desempeña el papel de protagonista en ciertas comediuchas desatinadamente bufonescas, cuyo asunto, por lo general, versa sobre un argumento amoroso. Viene á ser el equivalente del polichinela italiano, pero degradado: torpe, necio, cínico, lujurioso como sátiro, desvergonzado como mujerzuela, y provocante á risa; más aún que risa, provoca clamores entusiastas en el auditorio con todo género de extravagancias que son abierta ú ocultamente obscenidades del peor jaez.

Y de qué calaña sean tales desverguenzas, puede comprenderse sabiendo que, si por su espíritu se

asemeja á *Pulcinella*, por su cuerpo se asemeja á Priapo. Y antes que la censura limitase su libertinaje desenfrenado, se bajaba al patio Carageus á enseñar de cerca á los espectadores sus repugnantes gracias, girando toda la comedia sobre tan interesante perno, á manera de ruleta de vicios sobre punta de obscenidades.

LA COCINA.

Queriendo estudiar un poco, hasta la cocina turca me hice conducir por mis excelentes amigos á un bodegon *ad hoc*, donde se encuentra algun plato oriental, desde la más exquisita glotonería del Serrallo, hasta la carne de camello, preparada á lo árabe, y la carne de caballo á la turcomana.

El amigo Santoro ordenó un almuerzo rigurosamente turco, desde el primero al último plato; yo, animándome con el pensamiento de muchos hombres insignes muertos por su amor á la ciencia y el recuerdo de los inmolados por prestar un servicio importantísimo al género humano... tragué un poco de todo, sin lanzar el menor grito, ni sin que me advirtieran mi inmenso sacrificio.

Se nos sirvió hasta una veintena de platos. Los turcos igualan á los demás pueblos orientales, y todos parecen muchachos: á satisfacerse con una sola cosa, prefieren gustar de muchas. Pastores, v. gr., de ayer mañana, convertidos en ciudadanos, desdeñan ser sóbrios, como si se tratase de ruindad propia de gente plebeya de poco más ó ménos.

No atinaré á dar estrecha cuenta de todas las viandas, porque de algunas tan solo me han quedado reminiscencias vagas.

Recuerdo perfectamente el *Rebab*, compuesto de pequeñísimos pedacillos de carnero, asados á fuego vivo, condimentado con gran cantidad de pimienta y clavo, servido sobre dos galletas grasosas y blanduchas: plato indicado para los criminales de poca monta.

Siento todavía de cuando en cuando el sabor del *Pilav*, que consiste en arroz y carnero, cosas indispensables y sacramentales en toda comida turca, como los *macarrones* para los napolitanos, el *cuscusú* para los árabes y el *puchero* para los españoles.

Tambien me acuerdo, y es lo único que recuerdo con gusto y gana, el *Rosh'ab*, que se toma con cuchara y se bebe al concluir de comer, y los componentes ó ingredientes son: pasas, manzanas, ciruelas, cerezas y otras frutas cocidas con agua y mucha azúcar, y perfumadas con esencia de almizcle y agua de rosa y cedro!

Hubo además platos de cordero, cuya carne, reducida á briznas y cocida y recocida, no sabía á nada; pescados nadando en aceite; albóndigas de arroz, envueltas en pámpanos; calabazas con jugo, ensaladas hechas pasta, compotas, conservas y mezclas inescrutables, sazonadas con toda suerte de plantas aromáticas; digna la totalidad

de los preparados, de ser colocados al final de los artículos del código penal más fuertes, dedicados á delincuentes que reinciden en sus crímenes.

Y por último, un gran plato de dulce, obra maestra de algun pastelero árabe, coronado por un pequeño barquichuelo, un leon quimérico y una casita de azúcar con sus rejas.

La suma de tales cosas en conjunto, presentaba el aspecto de esas comiditas de mentirijillas de los niños con muchos platitos de yerbas, pedazos de pan, confites y caramelos, que de lejos no dejan de ofrecer buena vista, pero que de cerca, y tragados sobre todo, le parecen á uno por los aromas, que se ha comido una farmacia completa.

Los platos se sirven de tres en tres ó de cuatro en cuatro y muy deprisa, y los turcos los devoran con el auxilio de *los cinco dátiles*, puesto que no usan sino cuchillo y cuchara, y con la ayuda de sendos tragos de aguas cocidas, que un criado sirve continuamente en una sola copa para todos los comensales!

Sin embargo, noté que ciertas prescripciones clásicas y de tradicion pura, no eran observadas con excesiva escrupulosidad por unos turcos vecinos que comían á nuestro lado. Cada uno libaba en su copa correspondiente, bebían licores, su plato para cada uno, manejaban el tenedor, y... tenían las zapatillas sobre la mesa!

*
* *

¡Esto de beber licores casi en las barbas de Mahoma, es decir, en público, era terrible! ¡Pero más lo era aún que mirasen con ojos cariñosos y concupiscentes, á nuestras botellas de vino! Y ni besaron el pan antes de empezar á comer, ni cumplieron con otros extremos de rito.

Pero lo de mirar nuestras botellas, sobre todo, era gravísimo. Porque la sentencia de los muftí indica que es pecado. Y una gota sola de este "padre de las abominaciones" hace caer sobre la cabeza de los musulmanes "los anatemas de todos los ángeles del cielo y de la tierra"; á pesar de lo cual, vá ganando devotos y recogiendo prosélitos de dia en dia entre los turcos, y casi hay que asegurar sin aventurarse gran cosa, que solo un residuo insignificante de pudor, les obliga á no tributar al vino en público, homenaje solemne. Y creo que si un dia bajase sobre Constantinopla una niebla espesa hasta el punto de hacer noche el dia de repente, y despues volviera á lucir el sol, se sorprendería á cincuenta mil turcos empinando el codo.

En esto, como en otras muchas cosas, fueron los Sultanes piedra de escándalo. Y es curioso consignar que, precisamente la dinastía que reina hoy sobre un pueblo para el cual constituye una ofensa á Dios beber vino, es quizá esa dinastía la que entre todas las de Europa, registrará en la historia mayor número de borrachos: ¡tan dulce ha parecido el prohibido fruto hasta á las Sombras de Dios en la tierra!

Se dice que fué Bayaceto I el que inició la série interminable de la embriaguez imperial, y de igual modo que en el pecado original, fué tambien el primer culpable una mujer: la mujer del mismo Bayaceto, hija del Rey de los Servios, la cual ofreció á su marido la primera copa de Tokay (1). Despues, Bayaceto II se emborrachaba con vino de Chipre y vino de Skyro (2). Luego, el mismísimo Soliman I, que hizo quemar en el puerto de Constantinopla todos los barcos cargados de vino, y hacer beber plomo derretido á los bebedores, murió beodo á manos de un archero. Más tarde, Selim II, llamado *el messth* (el borracho), tomaba *floxeras* que le duraban tres dias, y durante su reinado, trincaron de lo lindo públicamente todos los hombres de ley y los de religion. En vano Mahomet III trina contra la "abominacion su-

(1) Tokay, pequeña villa de Hungría en el Condado de Zemplin, famosa por sus vinos exquisitos.

(2) Isla del Archipiélago griego.

gerida por el demonio; inútilmente Ahmed I manda destruir todas las tabernas y quitar el fondo á todos los toneles de Stambul; estériles fueron los esfuerzos de Murad IV, que recorre la ciudad acompañado del verdugo, para cortar la cabeza á los que encontraba bebidos. Él mismo, feroz hipócrita, se tambalea por los salones del Serrallo como cualquier *curdo* vulgar...

Y despues de él, la botella, pequeño y festivo diablillo negro penetra en los Serrillos, se esconde en las tiendas, se oculta en los bazares, se desliza bajo las almohadas de los soldados, fija su cabeza plateada ó grana bajo el diván de las bellas, y viola hasta los dinteles de las mezquitas y mancha con sus espumas sacrílegas las páginas amarillentas del Coran.

MAHOMA.

En punto á religion, nunca pude, paseando por Constantinopla, arrancar de mi pensamiento la siguiente idea: si no se escuchase la voz del *muezzin* (1) ¿cómo advertiría un cristiano que la religion de este pueblo no es la suya?

La arquitectura bizantina de las mezquitas puede hacerlas pasar cómodamente por iglesias cristianas; del rito islamítico no se nota signo alguno exterior; los soldados turcos escoltan el Viático; un cristiano ignorante podría, pues, vivir durante un año en Constantinopla sin darse cuenta de que sobre la mayor parte de la poblacion reina Mahoma en vez de Cristo.

Este pensamiento, me llevaba siempre á aquello de las pequeñas diferencias sustanciales, de la

(1) Sochantre que anuncia las horas de la oracion, á los cuatro vientos, desde los alminares de las mezquitas. Su voz es siempre una glosa de la frase:—*No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.*